

NOMBRES Y FALTAS DE LOS HOMBRES.



SÁTIRA GRACIOSA

en la que se manifiestan los nombres, propiedades y faltas, que han observado las mujeres en varios de los hombres del día.

Escuche todo viviente,
el que nos quiera escuchar,
las faltas que entre los hombres
hemos llegado á notar,
pues que las de las mujeres
ya publicadas están,
y es menester que se cumpla
aquel célebre refrán
que nos dejó Cicerón:
álleve su cruz cada cual.»

Empecemos por los Juanes
que es el nombre mas vulgar
y por lo mucho que abunda
puede que haya uno tal cual
aunque semejante hallazgo
no se ha visto publicar.

▲ los Pedros con los Juanes

los podemos igualar,
y á un elogio tan cumplido
no hay que añadir ni quitar,
á no ser que aseguremos
que entre un Pedro y entre un Juan
se repartió la mallea
y á los Pedros cupo mas.

No hay que fiar de los Pepes,
que es gente poco formal,
y si alguno hay juicioso
lo debe de confirmar,
porque el nombre de José
se inventó por carnaval.

Los Franciscos inconstantes
desde fecha inmemorial,
han sido siempre maestros
en el arte de engañar:

R. 60 224

dicen que hubo muchos buenos,
en tiempo del padre Añan,
¡qué lástima que el diluvio
causase tal mortandad!

La memoria en los Manueles
tan escasa suele estar,
que para escribir su nombre
lo tienen que preguntar.

Si tratamos de Luises,
¡cuánto malo hay que contar!
criticónes, presumidos,
y egoístas á lo mas:
siempre están enamorados
sin quererlo confesar;
si acaso se despilfarran
tan corta es la cantidad,
que no pasan de ocho cuartos,
y aun esto es un ejemplar.

Pasemos á los Antonios,
este ya es otro cantar,
mas no por eso se crea
que los vamos á elogiar:
¡quién se habia de alrever
á escribir tal necedad,
siendo fátuos, majaderos,
de trato superficial,
molestos en sus preguntas
y frívolos en requebrar?

Los Joaquines en paseo
no acostumbbran saludar,
tampoco en exactitud
se supieron señalar,
y por eso y su reserva
no se hacen buen lugar.

Los Vicentes son muy buenos
para estar en sociedad,
por el estudio que hacen
de no decir la verdad.

Dicen que los Rafaeles
desperdician su caudal,
en comprar chufas, bellotas,
buñuelos y agua de agraz.

De los Bernardos y Eusebios
se ha podido averiguar,
que rompen mucho calzado
por el afán de rondar.

Los Migueles se dedican
únicamente en bailar,
y los Carlos se distinguen
por su afición á fumar.

Los Ramones son de aque'l.s
que aman con variedad,
y es fama que del espejo
no se saben apartar,

contemplan su figura,
como cosa angelical.
¡Válgame Dios lo que puede
la picara vanidad!

Los Gregorios quieren mucho
á su persona, no mas,
y esperando una ocasión,
son mezquinos en gastar;
si nos tocase heredarlos
no hablaríamos tan mal.

Si alguna vez en tu mente
forjas un mundo ideal,
de seguro que no habita
ningun Andrés por allá.

Lo mismo que á los Andreeses
se puede decir de un Blas,
pues ¡quién duda que en lo feos
son de una misma hermandad?

Hasta ahora no se ha dicho
baile bien ningun Tomás;
lo pesado de sus pies
causa esta calamidad.

En el rango de indiscretos
se deben de colocar
á todos los Bernabees
por orden de antigüedad.

Los Eduardos son constantes.
(esto sí que es de admirar),
pero solo en las novelas
se les da esta propiedad.

Los Enriques se contentan
con tanta facilidad,
que con un par de lisonjas
se vuelven un mazapan.

Al pensar en los Pascuales,
¡qué memoria tan fatal!
nada bueno recordamos;
¡vaya una casualidad!

En punto á los Alejandros
difícil es acertar,
porque son tan solapados
que ¡quién los ha de juzgar!
atendida esta razon
no se les puede alabar,
pues en caso de haber dudas
piensa mal y acertarás:
así lo dice un adagio
contra nuestra voluntad.

En las armas de los Félix
se debiera de pintar
como simbolo una lengua,
por su continuo charlar.

Si se pierde algun Javier

altercando se ha de hallar,
pues por llevar la contraria
niegan que halla agua en el mar.

Para los Brunos, elogios
quisiéramos emplear,
pero es cargo de conciencia
el faltar á la verdad;
dejando de ser pesados,
teniendo formalidad,
siendo menos mentecatos
y variando de pensar,
aun puede ser imposible
ver alguno regular.
Sin embargo, prometemos,
el pedir á Santa Rita
por su conversion total.

Los Fernandos impetuosos,
volubles en general;
por no acusarse de burlas
se mueren sin confesar.

Los Victores, segun dicen,
tienen todos donde errar;
si aciertan alguna vez
será por casualidad.

Los Jacintos y Santiagos
si se proponen amar,
abandonan el propósito
al quererlo ejecutar.

El chiste de los Tiburecios
está por averiguar,
y si pensamos en ellos
no podemos continuar,
porque tan solo á su nombre
la musa se va á Tetuan.

No hay historia verdadera
escrita por un Julian,
porque tienen abolida
la justa imparcialidad.

Los amigos de un Eugenio
no necesitan comprar
jarabe de adormideras
como le escuchen hablar.

¡Cuántas penas, cuántos sustos,
á sus padres da un Beltran!
cuando chicos, cuando grandes,
en todo tiempo y edad.

Los Agustines y Jorges
no se mueven de un lugar,
pues la maldita pereza
no les permite el andar;
nacieron, no cabe duda,
para estar en un fanal.

Todos los Bartolomees

tienen tanta terquedad,
que tratar de convertirles
es cochar agua en el mar;
sin embargo, son garbosos
hasta la proligidad.

Los Felipes se complacen
en dar gusto á los demas,
pero es cuando está conforme
con su santa voluntad.

Los Genaros son tan serios,
que si por la calle van,
por no mirarles el gesto
alguno se vuelve atrás,

Los Dámasos taciturnos
nunca dicen su pensar,
y que son enamorados
casi se puede afirmar.

Los Federicos en vida
se entretienen en chillar
y en dar bromas majaderas,
su mision es fastidiar
paciencia recomendamos
al que los llegue á tratar,
y la bienaventuranza
fijamente alcanzarán.

Los Bráulios, nombre enfadoso,
difícil de pronunciar:
el primer impertinente
Braulio se debió llamar.

En la vida de los Diegos
tanto malo hay que contar,
que fuera perder el juicio
el quererlo enumerar.

Los Angeles y los Justos
muy lejos de serlo están,
pues aunque son buenos nombres
á todos les sienta mal.

Lo mismo que los Modestos
¿quién se puede imaginar
lleven semejante nombre
notando su vanidad?

Los Plácidos y Venturas,
nombres de felicidad;
mas con toda su fortuna
(cosa rara y singular)
solo comen calabaces
por dádiva universal.

Olvidar á los Marinos
será un acto de piedad,
porque solo descengaños
nos tendrian que escuchar.

Los Ignacios y Jacobos
son de un genio singular,

requiebran á una fantasma
lo mismo que á una deidad.

Los Emilios y Floréncios
sin que sea ponderar,
parecen por lo delgado:
unas cañas de pescar.

Los Domingos son celosos,
muy amigos de rondar,
y también hay quien afirma
que les gusta regañar.

Fastidiados con su suerte
los Cristóbales están,
cuando no van al teatro
ó el sastre les viste mal.

Son temibles los Teodoros
si principian á enredar,
nada dejan en su sitio,
no se cansan de embrollar,
y las corridas de toros
es su afición especial,
sin duda por los destrozos
que allí logran presenciar.

Los Mateos son gastronómos,
y en tratando de gastar,
apurán en golosinas
y en perfumes un caudal;
son bastante perezosos

y bostezan sin cesar.

Suelen á primera vista
los Baltasares gustar,
mas cuidado con que hablen,
porque la ilusión se vá.

Los Alvaros y Facundos
acostumbran cantar mal,
y no es porque la afición
nunca les llegue á faltar,
pues suelen pasar la vida
en continuo solfear.

Los Isidros y Lorenzos
son, por singularidad,
buenos para consejeros,
aunque no pasan de hablar,
pues ninguna de sus prendas
sirvió para edificar.

Aquí da fin el relato,
pues sería no acabar
el decir las cualidades
que abundan en los demás.
Los mayores corifeos
los hemos nombrado ya,
si os agrada su retrato
y conocéis la verdad,
echadles la bendición
por toda una eternidad.

MADRID: 1873.

Despacho de Marés y Compañía, Juanelo, 19.